

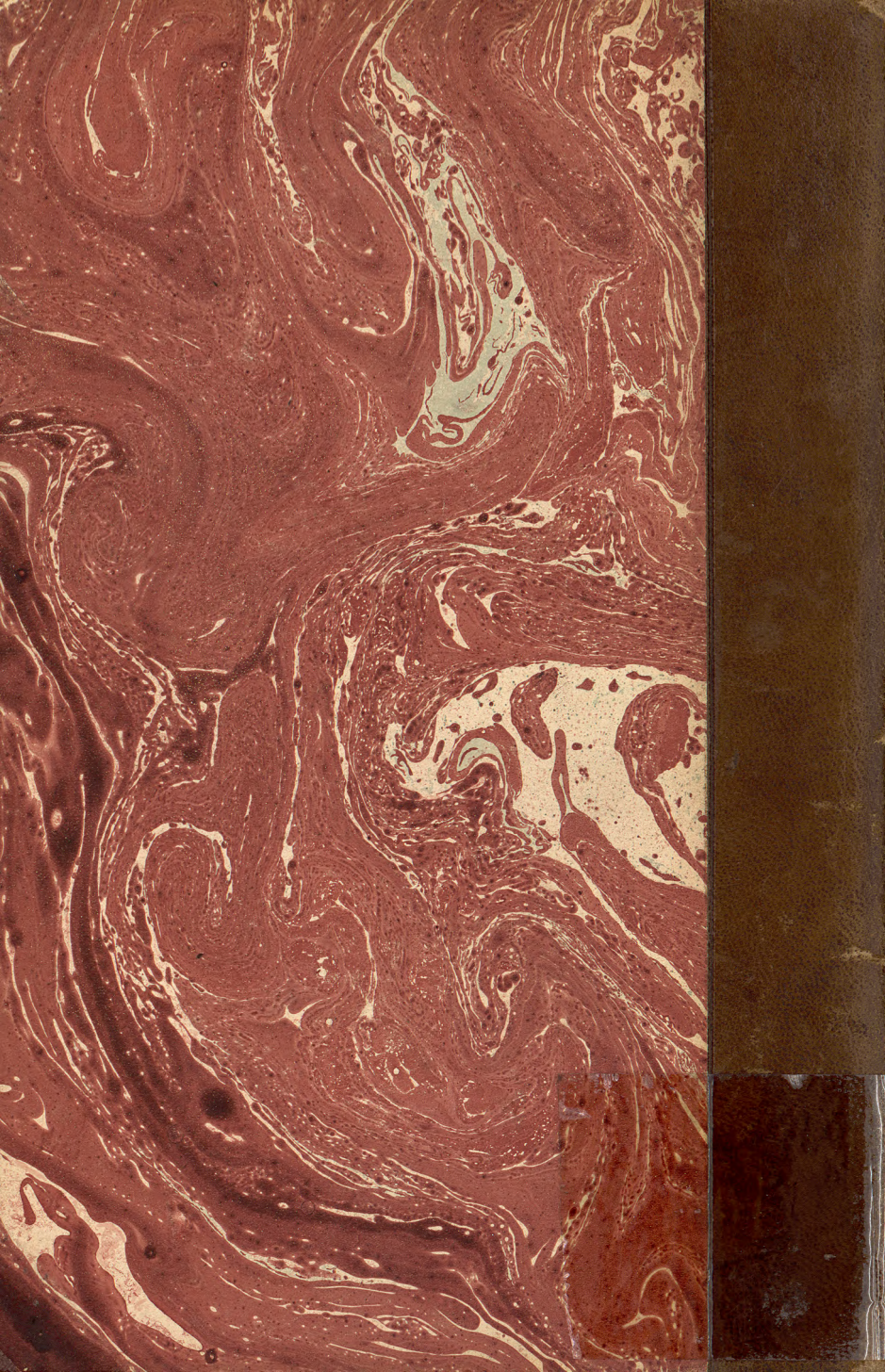


MEMORIAS
DEL
PRINCIPE
DE LA PAZ

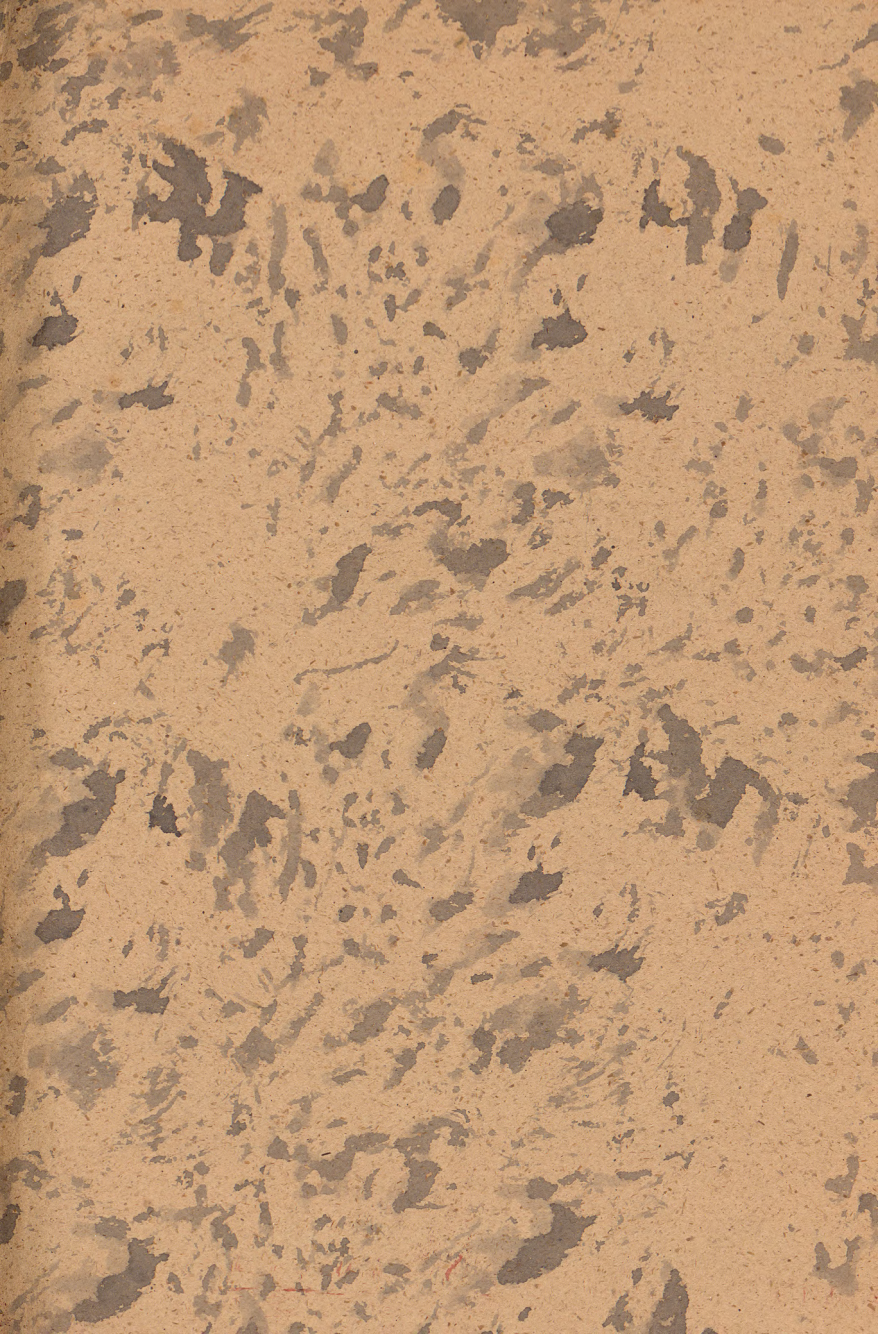
III

16103

3







2 Hopwood fort 486 fag

RE

1
2825

R
47282

A-1430 / 3



MEMORIAS

DEL

PRÍNCIPE DE LA PAZ.

MEMORIAS

DEL

PRINCIPE DE LA PAZ.

CUENTA DADA

DE SU VIDA POLÍTICA

POR

DON MANUEL GODOY,
PRÍNCIPE DE LA PAZ;

Ó SEAN

MEMORIAS CRÍTICAS Y APOLOGETICAS

PARA

LA HISTORIA DEL REINADO

DEL SEÑOR D. CARLOS IV DE BORBON.

Semper ego auditor tantum? Numquam ne reponam?

TOMO III.

MADRID:

IMPRENTA DE I. SANCHA,

calle de la Concepcion, número 7.

1856.

CUENTA DADA

DE SU VIDA POLITICA

por

DON MANUEL GODOY

PRINCIPE DE LA PAZ

ó

MEMORIAS CRITICAS Y APOLOGETICAS

PARA

LA HISTORIA DEL REINADO

DEL SEÑOR D. CARLOS IV DE ESPAÑA

¿Gensper ego audiret lapsum? Nonquam ne referam?

TOMO III.

MADRID:

IMPRINTA DE J. SANCHEZ

Calle de la Comedias, número 7

1808

MEMORIAS

DEL

PRÍNCIPE DE LA PAZ.

PARTE SEGUNDA.



CAPITULO PRIMERO.

Breve reseña de los trabajos de la Europa en los dias de la dominacion de Bonaparte. -- Recuerdos de aquel tiempo acerca de la España.

Muchos fueron los que al rayar el nuevo siglo, se imaginaron ver la aurora de una larga série de dias claros y felices para el mundo de la Europa; muchos los que pensaron que el cielo suspendia ó revocaba sus decretos de plagas y trabajos para el género humano. Dios envia al mundo de tiempo en tiempo á ciertos hombres extraordinarios, unos para remedio, y otros para castigo de la tierra. ¿Cuál de estas dos misiones le fué dada al domador y al heredero de la república francesa? Los que creian

de buena fé en el progreso indefinido de la virtud humana, saludaron su aparicion como un presente de lo alto, como el alumbramiento ya llegado de tres siglos de labor y de faena de las luces. El prestigio fué tal, que de uno y otro campo de hombres nuevos y hombres viejos, de amigos y enemigos de la vuelta que daban nuestros tiempos, la expectacion fué igual entre un gran número de pensadores y políticos. Esta ilusion tenia colores poderosos. ¿Quién como el nuevo gefe de la Francia tuvo mas en su mandar al mundo la iniciativa y el estímulo del ejemplo para todo lo bueno, para todo lo provechoso, para todo lo grande y elevado en la prosecucion tranquila de los bienes que faltaban á los gobiernos y á los pueblos? ¿quién dar á las ideas y á los principios extremados que proclamó la Francia su verdadera inteligencia? ¿quién poner de acuerdo con mayor poder y con influencia mas segura lo pasado y lo presente, quitando de ambas partes las pretensiones imposibles? ¿quién templar y corregir las pasiones turbulentas, purificar los sentimientos patrióticos, apartar las escorias y hacer salir el oro puro? ¿quién dar al mundo el espectáculo de un imperio asentado sobre la voluntad reunida y bien ganada de los pueblos, fuerte en principios sanos de administracion y de gobierno, fuerte en armas, fuerte sobre todo por la adopcion de las ideas eternas de religion, de moral, de justicia y de una cuerda libertad de que la Europa entera se encontraba sedienta?

¿quién en los fastos de la historia, dentro de la esfera humana, tuvo mas medios y recursos para cambiar la tierra sin violencias ni trastornos, y realizar los siglos fabulosos de Saturno y de Astrea? ¿quién dió en fin á la Europa mejores esperanzas en alguna edad pasada? Reprimida como por encanto, á una voz suya la anarquía de las pasiones, restablecido el orden público, escombradas las ruinas del vandalismo demagógico, aplacadas las iras y los bandos que dividian la Francia, abiertos los caminos y las puertas de la patria á los proscritos, vueltos á las conciencias los consuelos religiosos, enjugadas todas las lágrimas, hecha ya cesar la liga de los pueblos contra la república francesa, adquiridos por la Francia los lindes naturales en que debia encerrarse con anchura para labrar su dicha, resignados por todas partes los demas imperios á verla grande y floreciente, oida en fin la voz de paz de la Inglaterra misma, y cerrado ya en la Europa el templo del dios Jano, permitido fué pensar que la tempestad daba fin y que una larga primavera iba á salir de entre los suspiros postrimeros del tenebroso invierno de diez años. La paz de Amiens ensanchó esta esperanza: el primer hombre ó el primer gobierno que intentase romperla, ó diese mano ó causa para verla rota, merecia el anatema de los siglos. Tanto como pareció ser deseada aquella paz por el gefe de la república francesa, tanto mas se aguardó de su política que cuidaria de conservarla aun á costa de

sacrificios, si es que no habria bastado de su parte una conducta sábia y moderada.

No porque escriba tarde, despues que todo pasó ya como una ráfaga de viento, será inoportuno el decir ahora que no participé de la grata esperanza que en España, en Francia y en muchas partes de la Europa inspiró Bonaparte: muchos viven de aquellos que me oyeron por entonces. En las guerras civiles es cosa bien leida y bien sabida, que el que coge el fruto de ellas, por maravilla acierta á moderarse: el poder que ha juntado, poder de un pueblo hirviendo que rebosa, es muy ocasionado y muy temible cuando se encuentra todo entero entre las manos de un soldado. Bastaba ver sus años anteriores, su espíritu guerrero, sus talentos militares, su pasion y delirio por las empresas gigantescas, su altivez, su carácter, la inconstancia de sus ideas, la veleidad de sus proyectos, su manejo ambidextro, su indiferencia de los medios para llegar á cabo de sus triunfos, sus proclamas y sus promesas en Italia, su conducta con Venecia y con Malta, su vuelta del Egipto. La paz que en Luneville llegó á hacerse con la Francia, unida ésta cual se hallaba, como los huesos de una piña, al guerrero feliz que la hizo suya, no fué una paz como la España y Prusia concibieron y la hicieron (ellas solas por desgracia) cuando la Francia contrastada y dividida entre mil gefes y opiniones, la rogaba ella misma: la que hubieron despues los pueblos humillados ante el

dictador poderoso de la Francia, mas que un don del cielo, me pareció una nueva seña de su cólera. Nueva era se habia creído era en efecto, la que despues de un sol falso que alumbró la madrugada del siglo en que vivimos, repitió con mas fuerza las tormentas, é hirió del rayo todas las naciones de un extremo al otro de la Europa; era que vió formarse, á pura pérdida para los pueblos, un grande imperio momentáneo sobre el llanto y la turbacion de cien millones por lo menos de habitantes á quien tocó su cetro; era que vió correr rios y mares de sangre para trovar la gloria de un siglo viejo y semibárbaro; era en fin, por no tocar las demas cosas lamentables ya pasadas, que en pos de aquella gloria, gloria como de un fuego suntuoso de artificio que se apaga por una lluvia repentina, vió venir por precio de ella la vergonzosa bastardía de los tiempos que alcanzamos, el desmayo de las virtudes, el profundo egoismo, la indiferencia por la pátria, el cruel escepticismo, la moral de los intereses, la ausencia del honor, el cinismo de las costumbres, la obediencia forzada, el disgusto de los que sirven, el recelo de los que mandan, el temor de las luces, y la vara de hierro en todas partes, preferida por los gobiernos para evitar trastornos nuevos. Sea quien fuere el historiador que se encargare de defender aquellos años de que han venido los presentes, no hallará en verdad, para citarla, una nacion siquiera donde el guerrero de la Francia hubiese

puesto un fundamento estable de su dicha, ni un distrito, ni una aldea, ni una cabaña donde el paso de sus banderas hubiese sido bendecido, dentro, en los corazones de los hombres: lo que quitó á la Francia en derechos, en garantías y en libertades públicas, mal podria darlo al extranjero. Adentro servidumbre, afuera hierro, incendio, devastacion ó peso de tributos, imperios derrocados, diademas dadas y quitadas, feudos de nueva fecha, vasallos coronados, gobiernos militares, nada fijo y durable, ningun derecho cierto, ningun tratado firme, por auxiliares de sus armas la traicion y el engaño, empresas sobre empresas, ninguna bien prevista, ninguna bien cimentada, casi todo al acaso y al impulso nuevo que ofrecia cada instante. De aquí el odio de las naciones, de aquí las guerras renacientes, de aquí la perdicion y la horrible catástrofe.... Templos, arcos, trofeos y monumentos inmortales al valor de la Francia y á su honor no manchado con que venció tantas veces las legiones amontonadas que atrajo sobre ella la insensata ambicion de su mal proseguido Carlomagno: de la Francia es la gloria toda entera, gloria que sin él la Francia la habria guardado intacta, como sin él y antes de él, guardadas sus fronteras con catorce ejércitos y con generales ciudadanos, desafió toda la Europa. Del emperador Napoleon (primero y último de este nombre, porque en pueblos civilizados á tan alto grado como lo estan los de la Europa, no podrian

nunca prosperar ni Alejandros, ni Césares, ni Atilas, ni Tamerlanes nuevos), se dirá que pasó como un gran metéoro, luminoso y sangriento, masa informe y ardiente de los elementos todos del bien y el mal reunidos; se dirá de él que fué un aborto y un portentoso de los siglos, un hombre prodigioso, con medios y poder para haber hecho la restauracion del mundo entero; pero que erró su vocacion, que malogró su encargo, y no dejó en pos suyo sino largos desastres, el humo de su gloria, y la triste conviccion, peor que todo, de que jamas la especie humana hará mejores sus destinos.

Al haber de contar los nuevos siete años de mi vida política, no he podido menos de tocar estas cuerdas dolorosas á la Francia, bien ageno de culparla ó de ofenderla, ella fué la primera que probó el duro yugo del poderoso dictador que arrebató sus libertades, y ella fué parte en los trabajos con las demas naciones sobre quien lanzó despues su carro tropeloso. Bonaparte, mas bien que hechura de la Francia, fué un producto eventual de la guerra obstinada que aun sufrió la república cuando la revolucion hizo alto y tendió á conciliarse la amistad de los demas gobiernos: sin la prolongacion inútil que fué hecha de la primera liga de la Europa, Bonaparte no habria quizá tenido mas renglon en la historia que el trece vendimiario. Sin detenerme en esto que es ocioso, yo traigo á cuentas aquel tiempo que para juzgar los hechos y los hombres es necesari-

rio se tenga muy presente. Sobre esto, sí, me quejaré, no de la Francia, sino de algunos de sus escritores, que hechos voz y lenguas de mis enemigos, fáciles é indulgentes con los demas gobiernos y personas que figuraron por entonces, cualesquiera que hubiesen sido sus faltas ó sus yerros; contra mí solo se han mostrado injustos y violentos, contra mí, que fuí sincero amigo de la Francia mientras el honor de mi patria y su libertad é independenciam se hicieron compatibles con la union de los dos pueblos; contra mí, que firmé la primera alianza que la Francia nueva obtuvo de los monarcas de la Europa; contra mí, que trabajé para mantener aquella union y ahorrar la sangre de las dos naciones; contra mí, en fin, en quien si halló la Francia un verdadero amigo, nunca pudo decir que esta amistad fué servidumbre, ni temor, ni bajeza, ni la España otra cosa, frente de ella, que una buena aliada, no un feudo suyo ó del imperio. A estos historiadores se dirigen principalmente los recuerdos que deyo hechos de aquel tiempo, en que evitar tan solamente los peligros y los desastres nuevos que afligian la Europa, era un gran merecimiento. Con la historia en la mano quiero preguntar á tantos detractores de mi vida, á los propios y á los extraños, ¿en qué mientras fuí libre y dueño de mis actos, se pareció la suerte de la España á la de tantos pueblos y gobiernos humillados por el coloso de la Francia? No quisiera hacer comparaciones, ni al

hacerlas es mi intencion vituperar á nadie, mas ¿qué se vió en aquellos tiempos?

La Holanda, pueblo generoso y patriota, que tanto amó su libertad, que á tantos sacrificios se prestó por ella cuando sacudió el dominio de la España, que mantuvo por tantos años su nacionalidad é independenciam; innovada despues y hecha un satélite de la república francesa, cambiada muchas veces su forma de gobierno, tal como le era impuesto paró en fin en un reino feudatario del imperio, y despues en provincia de la Francia.

Génova corrió la misma suerte, y el Piamonte igual destino.

La Suiza, pocò menos encorvada bajo la dictadura de la Francia, trabajada por la república, y alteradas sus antiguas leyes, rindió el cuello á Bonaparte bajo el titulo especioso de mediador del cuerpo helvético.

La Italia, ufana un poco tiempo con el nombre de república, será despues un reino nominal y hará parte del imperio de la Francia.

El padre de los fieles, despues de cercenados sus dominios, tomará sin embargo su cayado, pasará los montes, y vendrá á ungir y á proclamar en nombre del Dios vivo al pretendido sucesor de Carlomagno.

¿Se escapan de este dominio ó esquivarán esta influencia los dos grandes emperadores del norte de la Europa?

Distante el largo espacio de quinientas leguas, dos veces derrotado, y sus banderas humilladas, el famoso Alejandro; busca en fin la amistad del hombre de la Francia á esta amistad la llama *un favor de los dioses*, se hace su adicto, une con él sus armas y las vuelve contra sus propios aliados, feliz si fuera dable que su nuevo amigo aceptara por esposa una princesa de su sangre.

Mas cercano de la Francia, cuatro veces vencido por las armas de Bonaparte, disuelto el sacro Imperio, y los mas de sus príncipes convertidos en feudatarios de la Francia, el sucesor de los Césares romanos transige todavia y da su propia hija al soldado feliz que ha diezclado sus reinos y dominios.

Nápoles, destronados sus señores, y un nuevo reino de Vesfalia levantado sobre las ruinas de la Prusia y del viejo imperio de Alemania, recibirán por reyes dos hermanos del César de la Francia.

Pueblos á centenares serán dados á sus ministros y soldados; Roma será una parte del imperio; París es un mercado de coronas; las antesalas del gran soberano de la Europa se verán llenas de monarcas.

¿Qué es la España entre tanto? Una aliada solamente de la Francia para hacer la guerra á los ingleses enemigos de una y otra; una aliada respetable y respetada, á quien no falta ni una piedra de su corona augusta ni una aldea ni una cabaña de su sagrado territorio.

¿No habia ministros y consejos en los otros rei-

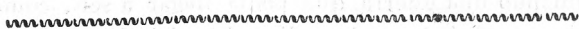
nos y repúblicas, que dirigiendo la política ó las armas, alcanzasen á conservar la integridad é independencia de las soberanías que les estaban confiadas? Cierto los hubo en todas partes y todos dieron sus consejos. Ya para la paz ó ya para la guerra, si bien todos fueron desgraciados. ¿Pues por que á un hombre de la España que alcanzó á precaverla muchos años de tales infortunios, le han maldecido y maltratado los que escribian la historia? ¿Qué hubo en España semejante á las condescendencias, á las humillaciones y á los abatimientos con que halagó la Europa al gefe de la Francia? Cuando toda cerviz se doblegaba bajo la voluntad omnipotente de aquel hombre extraordinario, la España mantenía con él de igual á igual sus relaciones en los lindes tasados de su alianza con la nacion francesa, alianza antigua, anterior al consulado y al imperio, inofensiva al continente, necesaria á nuestro interés, porque así lo quisieron los Ingleses. ¿En qué faltó la España á las demas naciones por complacer á Bonaparte? ¿con quién fué injusta ó inconsecuente mi política? ¿ó á quién di margen ó pretexto para quejarse de nosotros? ¿Fuí insensible acaso á los trabajos de la Europa? No, en verdad, que no lo fuí tampoco, y que á la hora y al punto en que vista la marcha del emperador de los franceses, juzgué que era un deber acudir á remediar el mal ageno y á precaver el de mi patria, apellidé la España para tomar las armas. ¿Fué culpa mia no

haber llevado á efecto aquel designio generoso? Nó, que me lo impidieron; nó, que mis enemigos poniendo la patria á sus intrigas y rencores, intimidando al rey y extraviando la opinion de la nacion magnánima con quien debia contarse, contra mí hicieron un pecado de aquel acto, y en lugar de ayudarme y de ayudar la monarquía en el comun peligro, al mismo contra el cual se debian mover las armas, al que la codiciaba y meditaba hacerla suya, le llamaron á que viniese á remediarla. Perdida la ocasion de dar un golpe cierto, que de muchas partes lo habrian correspondido y ayudado mientras la larga y cruda guerra de Polonia, triunfante nuevamente el feliz caudillo de la Francia, acallada la tierra ante sus pasos, y su vista lanzada al occidente, vendido cual me hallaba, y minada de mano de mis enemigos, por la atroz discordia, la casa de mis reyes, la posicion de España fué horrosa, y lo fué tanto mas cuanto, gracias á los manejos de la faccion traidora, el peligro por casi nadie fué creido. Si un momento en tal crisis, no del todo por mi dictámen, fué escuchada la voz falaz del enemigo; á las primeras muestras de perfidia que ofrecieron sus actos, á muerte ó vida, sin admitir mas tratos, resolví hacerle frente, y mi primer medida fué la de salvar mis reyes y contramandar las tropas. Dado este primer paso y seguros sus príncipes, yo habria entonces hablado á la nacion magnánima. Mis enemigos no quisieron, persuadidos

como se hallaban de que el hombre que habian llamado, venia tan solo á destruirme y á servirles (á ellos!) de instrumento! Destronaron á su rey, y á mí me encadenaron para saciar sus iras, y al rey que proclamaron, á su augusto padre y á la real familia toda entera, los pusieron entre las manos del que llegó á Bayona sin saber lo que haria, dispuesto á todas las perfidias, mas cuidando evitar y temiendo una guerra que podia llegar á ser, como despues fué visto, el escollo y la ruina de su gloria.

Tal es en suma y en bosquejo el argumento principal de esta segunda parte. Todos los actos míos y todos los sucesos de aquel tiempo los ofreceré á la historia, con la misma fidelidad que he observado en cuanto á hechos y personas, en lo que he escrito en la primera. A mi patria adorada le recordaré de paso cuáles fueron en aquellos nuevos años, tan procelosos y difíciles, los constantes esfuerzos con que trabajé por procurarle dias mejores y gloriosos, en que nada habria tenido que envidiarles á las demas naciones de la Europa. No estaba lejos esta época, ni era de mi parte un sueño: los hombres que despues se señalaron en los años del torbellino, tantos amigos de la patria, tantos talentos malogrados, tantas virtudes perseguidas, tantos héroes maltratados ó perdidos, y una rica generacion de hombres nuevos que empezaba ya á formarse, estos sean mis testigos: todo despues ha sido envuelto en la espantosa ruina que sufrió Cárlos IV. Mis contrarios han

dicho que yo arrastré á la patria en mi caída, y en verdad es un hecho que ella cayó conmigo: mas yo no fuí la causa; ellos la destrozaron, y con ella fuí su víctima. Su existencia á la verdad no estaba atada con la mia, pero sí con el sistema de luces y mejoras que floreció en mi tiempo y que ellos destruyeron entre sangre y lágrimas.



CAPITULO II.

De algunos sucesos que precedieron á mi nueva entrada en el servicio de la corona. — Ocurrencias desagradables de la corte con el Nuncio apostólico. — Mis oficios en favor suyo. — Asunto de la Toscana.

Los que han dicho que mi retiro del mando y de la corte fué caída del aprecio que debí á Carlos IV, se engañaron: otros que han escrito que mi dimision fué tan solo una apariencia, y que durante mi retiro seguí dando la direccion á los negocios del gobierno ó influyendo en su marcha, se engañaron igualmente. La primera especie ofrecia algunos visos de verdad para creerla verdadera: la segunda se hallaba desmentida con la sola observacion del sistema (en las mas de las cosas ó contrario ó diferente del que en mi tiempo fué seguido), que